Mounza miró atentamente á de Morin, procurando leer en sus ojos la verdad; Delange y yo respiramos; empezamos á adivinar el intento de nuestro amigo. Según ha ido diciendo, quiere sacar partido sin duda en el común provecho del amor del monarca africano; intenta que nos ayude Mounza á encontrar al señor de Guéran, y en lugar de presentarle como marido de nuestra compañera, lo que sería peligroso para ella y para nosotros, le hace pasar por su padre.

XLIII

Después de contemplar largo rato á de Morin,

le dice el rey de pronto:

-¿Por qué solamente hoy me hablas de tu padre? ¿Por qué no me has dicho antes el ob-

jeto de tu viaje?

-Bien he querido decírtelo hace tiemporesponde nuestro amigo; -- ¿no te pedimos una audiencia secreta? Nos la concediste, y al día siguiente se presentó nuestra hermana con nosotros; si nos hubieses recibido, te lo hubiéramos dieho.

-Pero me habéis visto después á menudo,

y pudisteis hablar.

-Nos habías ofendido; ya no eras nuestro

amigo. Secretos tan importantes sólo se confían á un amigo. Si hoy hablo, es que te he perdonado desde que has pedido la mano de nuestra hermana.

Mounza no supo qué contestar; mas parecía aún inquieto, y acabó por explicarse:

-¿Como puede tu padre residir al Sur de

mis estados? ¿De dónde vino?

—Del mismo país que nosotros y siguiendo el mismo camino.

—¿Entonces, para llegar al Sur atravesaría mi reino?

-Le atravesó.

-¡Imposible! Habría venido á mi palacio, porque yo recibo aquí á todos los extranjeros.

—Él recordó que impediste á Schweinfurth seguir su camino, y en vez de detenerse en tus estados, se encaminó á las provincias gobernadas por tu hermano Degberra.

—¿Le habrá conocido Degberra?

—Sin duda—contesta de Morin con atrevimiento:—Degberra ó sus súbditos. Puedes enviar correos á tu hermano, y pronto sabrás si te digo la verdad. Por otra parte, interroga á este hombre que nos sirve de intérprete y que reconociste por haberle visto con Schweinfurth; él te declarará que, dejado por Abd-es-Samate, tu amigo, en una zeriba situada al Sudeste, dió hospitalidad á nuestro padre.

Mounza habla unos momentos con Nassar, y después, volviéndose á nosotros, nos

pregunta:

—¿Queréis ir junto á Degberra?

-Sí, primeramente-responde de Morin;-

más lejos luego, si como suponemos nuestro padre está más al Sur.

—¿Y os seguirá la Sultana?

—Sin duda. No puede separarse de nosotros nuestra hermana mientras no se case.

—¿Y crees tú que la dejaré marchar así? exclamó el rey.

-¿Por qué no?

-¡Porque no volvería!

-Tú puedes obligarla á volver.

−¿De qué modo, si no está ya en mis estados?

-En tus estados estará siempre si tú la acompañas con tu poderoso ejército.

—¡Quél ¿Quieres?...—exclama Mounza, cu-

vos ojos brillan.

-Nada quiero-interrumpe de Morin;-te indico solamente el medio de no separarte de nosotros, de llegar adonde está nuestro padre, y pedirle su hija. Si no te crees bastante poderoso, ó lo bastante bravo para penetrar en el Sur, déjanos seguir nuestro camino: los blancos nada temen, son valientes y son fuertes. He aquí lo que tenía que decirte, en nombre nuestro y en el de nuestra hermana. Decidete.

Volvemos á nuestro campamento á esperar tu visita ó la de tus embajadores; acuerdate, que tus mujeres pertenecen ya á nuestra hermana. Ya no tienes derecho á disponer de ellas: se las has dado, y un gran rey como tú no falta á su palabra.

Dejamos á Mounza entregado á sus reflexiones, nos unimos á nuestra escolta, y poco

después entrábamos en nuestro campamento. Reunidos, y pasada la primer sorpresa, examinamos friamente el plan de de Morin, debiendo reconocer que, si bien era de difícil realización, si bien podía sumirnos en conflictos terribles, ofrecía en cambio grandes ventajas.

Había también que hacer justicia á nuestro amigo, de que no tenía donde escoger, toda vez que aun por la mañana nos hallábamos

en una situación dificilísima.

Era evidente desde días antes, y cada uno de nosotros lo pensaba sin osar confesarlo en voz alta, que el rey de los Mombouttous no había de dejarnos nunca, ni seguir al Sur, ni volver al Norte.

Su pasión por la señora de Guéran nos constituía sus prisioneros: la persuasión, las súplicas, ninguna influencia podían tener sobre su ánimo; si pretendíamos nuestra liber tad, habríamos de emplear la fuerza.

Entonces nos contábamos: nos quedaban treinta soldados, y no más veinte de nuestros porteadores nos inspiraban confianza suficien-

te para armarles.

Sumándonos con Nassar y los intérpretes, llegaríamos á ser unos cincuenta y cinco hombres, bien armados, es cierto; capaces de resistir largo tiempo contra millares de negros; pero después de haber hecho una inmensa carnicería, después de haber hecho morder el polvo, gracias al alcance de nuestras armas, á los primeros enemigos, ¿no se levantarían otros más numerosos y sin cesar

renacientes, contra nosotros, al llamamiento de su rey?

Rendidos, sin municiones, sin esperanzas, disgustados de verter tanta sangre, ¿no acabariamos por renunciar á tan estéril lucha, ó por sucumbir al número? Mil veces se ha visto á un puñado de Europeos afrontar toda una tribu africana, pero no se podrían defender largo tiempo de una verdadera nación, mandada por un rey resuelto, animoso y personalmente interesado en el triunfo.

Triunfamos, no obstante, de todos los obstáculos; una bala nos libra de Mounza; sus soldados huyen; el camino está libre; pero ¿y después? ¿No se habrán debilitado más nuestras fuerzas, ya tan mezquinas, con aquella lucha suprema? ¿Encontraremos en un país enemigo, donde cada habitante tendrá alguien que vengar, recursos para seguir adelante? ¿No nos combatirá Degberra cuando pisemos su territorio, como nos combatió su hermano?

¡Sea aún! Pasamos, como tantos otros viajeros aislados pasaron, si no por este territorio, por otras peligrosas regiones; hemos conseguido nuestro objeto: ahí está el señor de Guéran prisionero de los Monvous, los Akkas, ó de ese pueblo de que nos hablan alguno; Mombouttous; una nación, dicen, gobernada por una mujer, una espeie de amazona. ¡Y bien! ¿Cómo sin recursos entonces, agotados, impotentes ni para defendernos, salvaremos á nuestro compatriota?

Compartiremos su cautiverio: será el único resultado que alcancemos.

¡Cuánto cambia la situación si, por el contrario, Mounza hace causa común con nosotros, llega á ser nuestro aliado y nos acompaña! Ya no somos cincuenta; somos dos mil, cinco mil, los que queramos. Nuestro puñado de hombres se convierte en un ejército, mandado por europeos, apoyado por nuestra escolta, fortalecido por nuestros fusiles. Ninguna nación africana puede resistirnos, y nada nos impedirá ganar las regiones del Este y el mar de las Indias.

¡Qué error tan grandel ¿Creéis que el rey de los Mombouttous se atreverá á dejar sus fronteras, más de una treintena de leguas, distancia inmensa para este país? ¡Treinta leguas! ¡Pero si no pedimos más! Treinta leguas al Sudeste nos bastan para alcanzar las primeras vertientes de las Montañas azules. Puede ya abandonarnos el ejército de Mounza; nos es absolutamente inútil. A nosotros importa ya salvar esa cordillera, á cuyo pie está el lago Alberto, y si logramos atravesarle, encontraremos caminos, si no trillados, por lo menos trazados en los mapas por Speke, Grant y Burton.

Y de Mounza ¿qué haremos? ¿Qué será de él? ¿Esperáis que os deje seguir tranquilamente vuestro camino, y que se vuelva con su ejército hacia su reino? Sois sus prisioneros, no lo olvidéis: os veréis obligados á seguirle, á volver aquí con él, y dentro de tres meses vuestra posición será la misma de hoy.

Sin duda, si no sabemos reconquistar nuestra libertad y desembarazarnos de los Mombouttous. ¿Cómo podríais lograr entonces lo

que osáis intentar ahora?

Porque entonces el ejército de Mounza no estará como ahora apoyado por toda una nación: en lugar de hallarse en su casa, se encontrará en territorio enemigo. Estará desanimado por la fatiga, diezmado tal vez por los combates que hayamos sostenido, debilitado en todos terrenos. Resueltos como estamos, con la absoluta necesidad de vencer, podremos combatirle con ventaja, y Dios mediante, derrotarle.

¿No os reprochará vuestra conciencia declarar la guerra á vuestros aliados, á los mismos que os habrán ayudado á vencer tantos

obstáculos?

¡Nuestra conciencial ¿Qué tiene que hacer aquí? ¿Vamos á mostrarnos sentimentales en la posición que ocupamos para con este ejército de antropófagos, con este rey negro, que hace un instante quería enviarnos en bandejas de cobre las cabezas de sus ochenta mujeres? ¿Por qué nos retiene prisioneros? ¿Por qué dificulta nuestros proyectos? ¿No nos obliga él mismo á emplear la astucia y el engaño? Es el más fuerte, nosotros los hábiles: nuestro derecho á luchar con él y vencerle, si podemos, es indiscutible.

Bajo el punto de vista de la conciencia, no somos atacables sino por un punto: ¿nos está permitido, para abrirnos camino hacia el Sur y servir nuestros personales intereses, nos es lícito arrastrar todo un ejército, dejarle sembrar á su paso, como los ejércitos africanos

todos, la ruina y la desolación? Pero aun en esto estamos libres de remordimiento: el rey de los Mombouttous hace, desde días ha, grandes preparativos de guerra; todos los años, por esta época, cuando la estación de las lluvias va de vencida, atacan á sus vecinos del Norte ó del Sur; nada cambiamos; no haremos sino mejorar la situación, volviendo la guerra, gracias á nuestra influencia sobre Mounza, menos sanguinaria y menos bárbara.

Razonado, calculado todo, adoptamos el plan de nuestro amigo. Mounza no se ha decidido aún; no sabemos si acepta lo propuesto.

Lo acepta: mirad al cielo, y podréis leer en

él su respuesta.

Hacia las nueve la noche se esclarece de pronto: grandes llamaradas escalan el cielo, apagando el brillo de las estrellas. Es el harém que arde; más de trescientas cabañas de heno son presa del fuego en este instante. En pocos minutos, las moradas de todas las mujeres de Mounza habrán desaparecido hasta los cimientos.

Y mientras el pueblo se amontona, se oprime, se ahoga para admirar el magnífico incendio; mientras que aplaude, que canta, que brinca, los tambores, las trompas de marfil, las cornetas unen su estruendo á aquel otro estruendo, y los oficiales recorren los grupos anunciando que el rey ha declarado la guerra á las naciones del Sur.

Los gritos redoblan, entonando el himno nacional: ¡Ih, ih, tchupi, ih, Mounza! El horizonte está rojo, el incendio en toda su fuerza,

y las ochenta mujeres de Mounza, ya sin asilo, atadas de dos en dos, y conducidas por soldados, se encaminan hacia nuestro campamento.

XLIV

El incendio de una aldea, la dispersión de trescientas suegras y cuñadas, la decapitación de ochenta esposas, no bastan á Mounza para testificar su amor; quiere también mostrarse delicado y cuidadoso.

Ha pensado que la señora de Guéran se vería embarazada para alojar su *stock* de esclavas, y se ha apresurado á enviar al campamento una nube de servidores encargados de construir un espacioso cobertizo.

La idea es encantadora y demuestra un corazón excelente: esas desdichadas, privadas de su real esposo, caídas bruscamente del pináculo de la fortuna, amenazadas de perder la vida, no podían encontrarse esta noche sin domicilio.

Por discreción no asistimos nosotros á su larga despedida; pero nos dicen que no parecían ni demasiado humilladas ni demasiado encolerizadas. Las domina el temor: se preguntan qué suplicios, qué tormentos las prepara la mujer blanca á quien se las entrega. Tal vez temen ser comidas, una tras otra, por su nueva ama. Pueden estar tranquilas; la señora de Guéran no lleva sus celos hasta ese límite.

No obstante el aire abatido de las esposas de Mounza, no nos atrevemos á confiar demasiado en su resignación: son peligroso vecino cien mujeres humilladas, sacrificadas y sedientas de venganza. En Oriente, y sobre todo en Africa, aconseja la prudencia tomar en cuenta los venenos que las sultanas cesantes no temen mezclar á los alimentos de sus sustitutas. Así es que nos proponemos mantener á distancia las esposas ex-reales, y mantener entre ellas cierta disciplina. Delange, encargado hace tiempo de la superintendencia de todos los servidores de cualquier sexo, se ocupa de sus funciones cerca de las recién llegadas, pero viéndole pasearse por el cobertizo entre todas aquellas bellezas despedidas, en camino ya de consolarse, antes se le tomaría por un sultán en su harém que por un doctor segundo jefe de caravana.

Este Delange se encuentra todas las dichas: parece que viajamos únicamente por divertirle. ¡Cuando recuerdo que de Morin ha necesitado ganarle cien mil francos para decidirle á
seguirnos! Hace una caminata pintoresca, sin
grandes cuidados, sin responsabilidad, con
amigos prontos á servirle, y siempre rodeado
de mujeres bonitas: bayaderas en el mar Rojo,
almeas en Khartum, Sudaninas por el camino,
y hoy la aristocracia, la crema de las damas

Mombouttas, un batallón de mujeres escogidas. Y aún, aún, el porvenir le ofrece criaturas más bellas, algo como lo que apellida la Venus negra; en verdad que ha hallado sobre la tierra su paraíso... de Mahoma.

Mas para Delange, un paraíso, por bien adornado que se encuentre, no es verdadero edén, si no puede en él echar de tiempo en tiempo su partidita de piquet, de l'ecarté ó de bacarat; de tal modo, que apenas ha paseado su serrallo, revistado sus ochenta nuevas mujeres, se le ocurre una idea: no ha jugado en todo el día, y como perdió la víspera, dispone de su adversario, según tratos.

De Morin, echado delante de mi choza, hablaba conmigo, mientras seguíamos distraídamente los últimos resplandores del incendio.

—Sintiendo incomodaros, querido amigo le dice Delange al acercarse:—me debéis la revancha de aver.

—Querido doctor—responde de Morin, que al ver venir su constante adversario esperaba la introducción:—me permitiréis os haga observar que hace tiempo no cesáis de tomar esa revancha. Os habéis desquitado en más de sesenta mil francos á todos los juegos conocidos en Europa y en Africa. No sé si la medicina, la botánica, la geografía, ó cualquier ciencia, utilizarán algo de nuestro viaje; pero afirmo que á nuestro regreso podréis escribir en París un libro curiosísimo sobre los juegos africanos.

Tenéis un maravilloso olfato para descubrirles y una pasmosa facilidad para comprenderles; han llegado los negros á desconfiar de vos y os rehusan hacer partida, porque dicen: «El blanco es demasiado hábil, nos ganaría hasta la camisa...» perdón por la palabra, desconocida en este país tanto como su significado, pero adecuada al pensamiento de nuestros adversarios. En suma, si hubiese un Jockey-Club en todas las naciones del Africa, y os presentarais candidato, estad seguro de que os negaban el ingreso.

-¿Acabásteis vuestro discurso, querido de

Morin?—preguntó Delange.

—Sí, querido doctor. ¿Tenéis vos alguno en reserva? Sería para mí un encanto, y os rogaría que os sentarais aquí con nosotros, sobre esta caja vacía, antigua depositaria de nuestro vino de Burdeos. Mil perdones por no ofreceros un cigarro: los últimos volaron con las demás provisiones; pero si este horrible tabaco negro no os disgusta, tomad cuanto gustéis, el rey de los Mombouttous es quien nos le ofrece.

—Amigo mio—replicó Delange, cuando de Morin le quiso ceder la palabra:—no me sentaré en esa caja, porque tiene clavos que me han arrancado ya un jirón de mi pantalón gris-perla. Los sastres escasean en esta comarca, y me permitiréis ahorrar mis últimos trajes. Huyen de mí cobardemente, no obstante el afecto que les demuestro, y presiento el día en que me vestiré de hojas como la señora Poles. En cuanto á fumar una pipa, no tengo tiempo: son las once de la noche y no nos quedan más que sesenta minutos escasos para poder

jugar nuestra cuotidiana y siempre obligatoria partida.

—¡Ah! ¿Volvéis á las andadas? ¿Luego no

os han convencido mis razones?

—Al contrario, querido; me han convencido de que debo jugar sin tregua, puesto que estoy de vena.

-¡Cuidado! Ayer perdisteis.

— Precisamente eso es lo que me autoriza, según nuestro convenio, para exigiros que os levantéis y me sigáis inmediatamente.

-¡Seguiros! ¡Y adónde, Dios mío!

—A la habitación de las reales esposas.

-Están ardiendo, mirad; aún es muy bo-

nito el espectáculo.

—No hablo de esa destruída aldea, convertida en un horno inmenso; bastante calor tenemos sin ir en busca de braseros. Hablo del nuevo cobertizo donde nos esperan esas señoras.

-Pues qué! ¿No duermen?

—¡Cómo habían de dormir—responde Delange—cuando les he hecho esperar mi visita!

De Morin había acabado su pipa, y fiel siempre á su palabra, resignado siempre, siguió á Delange; yo le imité, agradándome presenciar el juego, curioso por el centro en que iba á verificarse.

Las damas Mombouttas, como anunció el doctor, no se habían dormido: al acercarnos á su cobertizo, oímos un rumor sordo, un zumbido, un intenso murmullo; se quejaban sin duda entre sí de su real esposo, reprochando el haberlas tratado con suma ligereza.

—¡Y que tengamos ahora esclavas!—decía de Morin aproximándose.

—Delange es quien las tiene, querido: el doctor se ha vuelto tratante, un feroz negrero. A la vuelta hemos de entregarle á las autoridades egipcias.

-¿Vais á llevar hacia el Sur todas estas se-

ñoras?—preguntaba de Morin.

—Aún no lo sé, y debierais aconsejarme sobre este punto,—contestó el doctor.—Sería embarazoso hacernos escoltar por este rebaño femenino; pero también Mounza podría reprocharnos si desdeñamos su regalo.

—Amigo mío—observé yo;—el rey está persuadido de que después de un paseito extra fronteras, nos volverá á traer á sus estados. Le parecerá por tanto natural que dejemos á todas estas señoras aquí, en nuestro campamento. Parecerá que cuidan de la casa esperándonos

—Y se dejarán cuidar — añade de Morin riéndose,—por los súbditos de Mounza. Temo que no tenga gran influencia en ellas el re-

cuerdo de sus pasadas grandezas.

Llegábamos ante el cobertizo: bocanadas de aire caliente salieron á nuestro encuentro, mientras el fuego en innumerables miradas, como otros tantos rayos luminosos, convergían en nosotros. No obstante y á pesar de su número, todos aquellos faros en miniatura no tenían poder para iluminar una noche sin luna.

—¿Cómo entramos en este hormiguero? preguntó de Morin, —Corremos el riesgo de abismarnos en él, y lo que es la partida reclamada, la veo imposible: nunca podremos vernos los naipes

—Tranquilizáos—replicó el doctor.—En todo estoy, y tendréis claridad suficiente, os lo aseguro.

Y hablando, hablando, parecía rebuscar en

sus bolsillos.

—¿Tenéis aún bujías?—exclamé:—yo creía que habíais dado ayer el último paquete á la señora de Guéran.

—Tengo algo mejor—murmuró Delange.

Encontró lo que buscaba, se retiró algunos pasos, se bajó, encendió un fósforo y prendió unos cuantos fuegos artificiales que, según el consejo de nuestros predecesores y para entretenimiento de los negros, habíamos unido á nuestra provisión de cartuchos y de pólvora. El doctor escogió las luces de bengala: en vez de deslumbrarnos un instante, para apagarse en seguida, como hacen los cohetes, aquellas llamitas debían lucir largo rato, prestándonos sus variados colores; reemplazaba las arañas con lamparillas.

A pesar de la dulzura de esta iluminación de nueva especie, aquellas mujeres, aterradas aún con el recuerdo del incendio de que habían sido víctimas, se echaron á temblar. Sin embargo, pronto sucedió la admiración al espanto: aquellas llamas verdes y azules que, colocadas frente á ellas y alumbrándolas de tan pintoresco modo, las sumían en éxtasis. En vez de huir, como hicieron al principio, avanzaron poco á poco, se colocaron en fila, se po-

nían frente á la llama, y luégo se volvían para juzgar del efecto sobre su dorso.

En tanto, el organizador de la fiesta colocaba en el centro del cobertizo tres banquillos: el primero para de Morin, el segundo para él y el tercero para servir de mesa. Terminados estos preparativos, invitó á su adversario á tomar asiento, y colocando tres barajas sobre la mesa, declaró, según su derecho, que iban á jugar á la báciga común de mil quinientos tantos.

XLV

Empezó la partida. Las mujeres, ocupadas exclusivamente al principio por las luces de bengala que, gracias á las hábiles disposiciodel doctor se sucedían sin cesar, volviéronse una tras otra, se aproximaron á los jugadores, y pasando de un éxtasis á otro, contemplaron el nuevo espectáculo que las ofrecíamos. Tal vez su admiración no fué exclusiva, y creyeron poder repartirla entre los naipes, que por primera vez veían, y los dos jóvenes que ya habían herido su imaginación.

El señor de Morin tampoco se consagraba por entero á su juego, sino que paseaba de cuando en cuando su mirada sobre todos